

ojos difundíendose un centelleo divino, Tarpeya dejó caer el ánfora de la frente, picada como por una vibora por el nefando amor al extranjero. ¡Cuántas veces desde aquel día su oración se dirigió, no al sostén de la patria idolatrada, sino á rogar que sus sitiadores triunfasen! ¡Cuántas veces pidió á la luna que trajera en la callada noche con sigilo y silencio los jinetes contrarios á su tierra! ¡Cuántas veces sus brazos se tiñeron de sangre desgarrados por las agudas espinas de los zarzales, cuando corría desalada en su amor á la cima para descubrir desde lejos al sitiador y desear que se la llevase cautiva! Así no era mucho que llorase á la continua sobre las aras donde rezar debía, y que corriese un peligro tan grande como el de ver apagada la lumbre de Vesta por aquel diluvio de lágrimas.

Los romanos y sus enemigos debían combatir en la mañana siguiente. Los compatriotas todos de Tarpeya requerían sus armas y aparejaban sus caballos á la defensa, mientras las mujeres preparaban sus votos y sus ofrendas pidiendo al cielo el necesario triunfo. Pues del sitio sacro, donde concentrarse debía toda la fuerza del alma romana, levantábanse plegarias en demanda ¡parece increíble de un desastre. Tarpeya deseaba contemplar á Tacio subiendo por la pendiente de su colina cubierta

de zarzas á la cumbre donde gallardeaban los templos, vestido con púrpura, que á maravilla le sentaba, y que no podía sentar bien á gente como la suya, lactada por las lobas. En su delirio la cuitadísima le ofrecía Roma por dote, Roma completamente abierta á la invasión por su mano traidora, consagrada en aquellos ritos á mantener el fuego sacro. ¿Qué le aguardaba en el Capitolio á ella, triste religiosa de Vesta? Pues aguardábale una juventud consumida en las horrorosas esterilidades del sacerdocio y una vejez prematurísima sin hijos y sin ninguna descendencia. En cambio el enemigo le traía la corona de himeneo y la empujaba desde un altar estéril á codiciado lecho nupcial. Así revolvíase por las noches en desasosegados insomnios, viendo, si despierta, el anhelado amante, y soñando con él, si dormida. Era un día de fiesta. Celebrábase con regocijo el comienzo de las murallas. Los aires resonaban á una con los acentos de caramillos y flautas. En las mesas rústicas humeaban los más primitivos manjares. Esparcida por doquier una general alegría, danzaban los pastores de Roma mientras los soldados yacían ociosos, divertidos de sus armas y de sus clarines, sobre los prados. La vestal, que había entregado su corazón á Tacio, creyó aquel momento propicio para entregarle también su patria. En efecto, abandona el templo de Vesta

y corre á indicar la facilidad de una sorpresa en los espasmos de su regocijo. Los perros del templo ladrán, pero los degüella con los instrumentos litúrgicos, vueltos del servicio en deservicio de la diosa. Por fin la traición se consuma, y el vestibulo de la Ciudad Eterna se abre al enemigo. Tarpeya entonces cae á los pies del joven amado y le ruega que señale y designe las nupcias de ambos en premio á las traiciones de ella. Pero Tacio no codiciaba, no, á la vestal; Tacio codiciaba en su furor á Roma. Teníala ya bajo sus plantas, merced á la traición de una sacerdotisa consagrada por el cielo al culto de la llama sacra, y despreciaba la traición por cuyo medio se le había rendido. Y en vez de llevarla, como le prometiera, con amor, á su tálamo un día, mandó que la inmolaran sus soldados. En efecto, inmolaronla sin piedad, y desde aquel entonces lleva la colina este nombre siniestro de Tarpeya, y presencia las ejecuciones capitales, consumadas todas en su triste recinto.

Hemos colocado estos episodios ante la narración del suplicio de Minucia para explicar toda la trascendencia del pecado que podía cometer una vestal á la vida y á las instituciones de Roma. Las leyes y las costumbres de consuno, queriendo prevenir el daño, castigaban, una vez cometido el crimen, castigábanlo sin género alguno de piedad. No hay que

confundir la vestal clásica con la monja cristiana. Recluída en su convento ésta, no asiste á la sociedad y al mundo, como decimos ahora en lenguaje un poco francés, mientras aquélla se muestra en todas partes, presencia todos los espectáculos; y aunque alojada en el atrio adscrito al templo, recibe allí á sus amigos con una libertad desconocida completamente de las matronas, y ofrece saraos regocijadísimos á sus parientes, aun los más jóvenes, sin temer los riesgos corridos en todas estas incomprensibles fiestas. No deberá, pues, maravillarnos que pretenda la ley romana contar estas prerrogativas con grandes rigores, en el temor á la culpa. La fatal sentencia se da por fin y se cumple. Despojan á Minucia de su blanco traje y la envuelven, como á un cadáver, en fúnebres sudarios. Tiéndenla en una especie de mortaja, como anticipándole implacables la silenciosa y fría sepultura. La compasión está prohibida, y nadie puede llorar sin hacerse reo del crimen que se persigue y que se pena en aquel momento. Fúnebre cortejo, que parece de sombras, acompaña la yerta y moribunda virgen. Al pasar por el Foro, en la plaza misma que se conoce con el nombre de los Comicios, su amante parece azotado por los verdugos que le arrancan pedazos de carne, como si sus látigos fueran colas de serpiente ó garras de rapiña. Á la extremidad occi-

dental del Foro sube la procesión por la montaña Quirinal en silencio tan profundo que se diría venida negra noche sobre la diurna luz. Los pasos de aquellas gentes resuenan sobre los suelos, cual si Roma estuviese levantada y erigida sobre la concavidad horrible de un sepulcro. Alguna vez un cuervo y un milano, que pasan hambrientos, suelen despedir gritos, á cuyos estridores se unen los mal reprimidos sollozos de tanto deudo como sigue hasta su descanso postrero á la desgraciada joven. Por fin llegan y el sepulcro aparece abierto á sus plantas, mas para recogerla sin piedad y enterrarla viva.

¿Por qué antes no haberla rematado? ¿Por qué hacerle devorar tantos dolores inútiles? ¿Por qué, si desaparece de los vivos, no evitarle aquella horrible tortura? Las leyes romanas lo quieren así, á fin de impedir culpas que importan á la vida entera del pueblo rey. El refinamiento de barbarie se lleva tan lejos, que le procuran cómodo lecho, ardiente lampadario, pan blanco, aceite y leche, no para que prolongue su vida, para que prolongue su agonía. Por fin baja desde la superficie del suelo, donde todavía ven sus ojos la luz y respira el aire su pecho, á la tumba donde como una sombra desaparece. Hala conducido allí el pontífice máximo, quien, después de abandonarla por completo al

abismo, levanta los brazos hacia el cielo y dice las oraciones de rúbrica, mientras los verdugos tapan la boca de aquel agujero, que se abre terrible sobre la cima del abismo insondable. ¡Oh! Ella, que había soñado tantas veces, ¡la infeliz Minucia!, con su corona de sésamo y verbena, con su velo nupcial, con su túnica de amante desposada, oyendo anticipadamente los epitalamios compuestos por los primeros poetas al són armoniosísimo de las cítaras, baja, ¡oh contradicción!, cadáver viviente, cuando la flor de su juventud se abre, cuando todas las ilusiones y todas las esperanzas estallan á una en su pecho, cuando los horizontes de bellissimo porvenir debieran sonreírle, al sepulcro, y ni en el sepulcro encuentra los consuelos y los descansos de la muerte. En su delicadeza, en su ternura, en su sensibilidad, los tormentos de aquella increíble agonía exacerbábanse de un modo tal, que apenas podemos comprenderlos, ni siquiera evocando las leyendas de todos los infiernos. El instinto de la propia conservación debió llevarla indudablemente á reposar un poco sobre la cama tendida en los dinteles de la muerte. La primer hambre buscaría el pan; la primer sed buscaría el agua. Dentro de aquel sepulcro aun pugnaría en ella el deseo y el anhelo de vivir. Pero, agotadas estas últimas provisiones, consumido el aire que podía restarle allí

en la sepultura, todas las enfermedades juntas vendrían sobre su cuerpo, como van los gusanos sobre los cadáveres. ¡Qué horrible agonía! ¡Qué conjunto de dolores materiales y morales! ¡Qué muerte tan espantosa! ¡Cuál eternidad horrible de dolores sin fin y sin cuento en aquel minuto supremo!

✓ Los romanos por tal modo eran crueles con estas víctimas, que las hundían en lo más profundo para que nadie las oyese, y luego allanaban el suelo de suerte que no pudiera buscarse la víctima ni saberse donde yacía para siempre. Pero ella, destinada por el cielo á todas las delicadezas y á todas las ternuras de un sexo que ha nacido para vivir en sociedad y amar eternamente, sentiría dolores centuplicados por su propia condición femenil, dolores que no pueden comprender las naturalezas varoniles, forjadas para la guerra y expuestas de continuo al esfuerzo, al combate, al sacrificio, á la muerte. Todas estas resignaciones y conformidades con el destino de la mujer nacida para martirios más que para combates acrecientan mucho la índole y naturaleza de sus dolores. Cualquiera contrariedad muerde mucho más en su corazón tierno y delicado que no en el corazón de los hombres, rudo y fuerte. Por consecuencia, cuando nos asomamos al sepulcro de la vestal, oímos tales ayes y lamentos, vémosla en su hambre morder sus propias

carnes, vémosla en su sed chupar su propia sangre, que se nos figura en el acto asistir á la extinción y desvarío de su inteligencia y al conflicto entre un cuerpo deseoso de vivir en su robustez juvenil y un alma que sube á las alturas como vívida llama y que lleva la herida del mismo cuerpo á quien deja. Pero así lo quiere el secreto y el misterio que debe presidir á las viejas instituciones y á su tradicional y religiosa liturgia. Hoy que las piedras del templo de las vestales han servido á fabricar los cristianos templos, hoy que la idea y la efigie de Vesta se han disipado en los aires, hoy que otras lámparas arden y lucen ante otros altares rodeados también de ilusiones y esperanzas, hoy solemos creer é imaginar que todo aquello fué una pura ficción desvariada, indigna de la humana inteligencia, contradictoria del todo con la naturaleza, é inútil, si no dañosa, para el hombre. Y, sin embargo, si la virgen Vesta no se levantara en el soberbio Palatino; si la llama sacratísima no ardiere sobre los altares y al pie de la diosa inmortal; si las vestales no curaran de atizar aquella lumbre con cuidado y empeño, quizás no hablaríamos hoy nosotros el idioma que hablamos; quizá no tuviéramos el hogar fundado sobre las bases del derecho civil moderno; quizá no profesáramos la religión que profesamos; quizá esta raza, en la tierra del Foro

amasada, y esta civilización, á tanta costa conseguida, no hubieran jamás crecido y prosperado, haciendo más habitable la tierra, más diáfano el cielo, porque de tales ficciones sucesivas y enlazadas en serie lógica por los desarrollos del espíritu y por los movimientos del tiempo ha vivido en siglos de siglos y en generaciones de generaciones la mísera humanidad, arraigada por su organismo en la materia y por su espíritu en Dios, merced á lo cual saca de irreductibles contradicciones toda su grandeza.

## CORNELIA

Al pasar ante mujer de tal renombre bien puede asegurarse que llegamos al más vivo esplendor y al más encumbrado cenit de la matrona romana. En los períodos precedentes al suyo no está bien fija todavía la suerte social de su sexo, y en los períodos subsiguientes se mezclan con Roma y la vida romana mutuos elementos, á ellas ajenos, por los dos medios de la conquista y del cristianismo. La república romana, la legislación romana, el sér verdaderamente romano se concretan, y se caracterizan, y se definen ahora, en el cortísimo período que media entre la toma de Cartago y la muerte de Cayo Graco. Pensemos que de la legislación romana proviene la legislación española, que del municipio romano nuestro municipio, que del hogar la casa donde vivimos, que de su familia nuestra familia; y nos interesará por todo extremo el observar la mu-